

# Apertura del Curso 2015-16 de las Universidades Españolas

José Orihuela

30-9-2015

Majestad, Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, Sr. Ministro de Educación, Cultura y Deporte, Rectores Magníficos de las Universidades Españolas, Autoridades civiles y militares, entrañable Comunidad Académica, amigos todos:

Hoy nos congratulamos de la visita de su **Majestad el Rey Felipe VI** a la Universidad con motivo de este acto de apertura. Muchísimas gracias Majestad por su tiempo, su apoyo al estudio, a la ciencia y al saber, por su apuesta por las Universidades y por la nuestra en particular.

Nos congrega el Centenario de nuestra Universidad de Murcia. Si hoy cumplimos cien años es gracias al entusiasmo y esfuerzo que muchos murcianos pusieron en ello, junto al impulso de su Majestad el **Rey Alfonso XIII** para que el Real Decreto de creación viese la luz el 23 de Marzo de 1915.

Pero su creación no fue suficiente, le siguieron numerosos obstáculos que hicieron temer por su supervivencia. En el año 1929, marcado en la Historia de la Universidad de Murcia como el “Annuus Horribilis”, se dicta el Real Decreto de supresión, publicado el 28 de Enero. Pero ni esa norma, ni los recortes presupuestarios o críticas de algunos políticos contra esta Universidad, amedrentaron a quienes defendieron el proyecto, entre los que cabe recordar al **Rector José Loustau**. La visita del **Presidente Alcalá Zamora** a la Universidad de Murcia que ayer conmemoramos forma parte de su saber hacer en nuestra defensa.

Ahora sería para mí lo más sencillo y tentador practicar hoy un discurso reivindicativo, describiendo la paupérrima situación financiera de las universidades públicas. No seré, sin embargo, seducido por esta pulsión emocional. Excepcionalmente, en nuestra región, hemos conseguido cuadrar el círculo, logrando un acuerdo de financiación plurianual que representa un hito en términos de corresponsabilidad entre representantes políticos y académicos. Muchas gracias Consejera de Educación, Consejero de Hacienda y Presidente en nombre de ambas universidades.

Además, las últimas semanas particularmente han si-

do difíciles por los inconvenientes que, para desarrollar sus prácticas hospitalarias, encuentran nuestros estudiantes de Medicina, Enfermería y Fisioterapia. Ellos saben que nos tienen a su lado en sus justas reivindicaciones, pues de justicia es que la universidad pública reclame recursos públicos para ejercer su función profesionalizadora. No tenemos por qué entrar en competencia con empresas privadas y menos aún facilitar su lucro con las infraestructuras y recursos humanos que derivan del esfuerzo formativo y fiscal de varias generaciones. Nos jugamos la salud social, laboral, moral e individual de nuestros hijos y nietos. No lo podemos consentir.

Decido ahora seguir en mi discurso una perspectiva intemporal y tal vez más vitalista. Siendo de importancia incuestionable, no todo en la Universidad es pensamiento, cómo señala **Ortega y Gasset** en su Discurso para el cuarto Centenario de la Universidad de Granada: *No señor Descartes: . . . no existo porque pienso, sino al revés; pienso porque existo. El pensamiento no es la realidad única y primaria, sino al revés, el pensamiento, la inteligencia, son una de las reacciones a que la vida nos obliga, tiene sus raíces y su sentido en el hecho radical, previo y terrible de vivir. La razón pura y aislada tiene que aprender a ser razón vital.*

Nos ha tocado vivir un tiempo en que la ausencia de retos reales podría estar perjudicando a los mejores. Un tiempo de relativismo y solubilidad en el que hasta la jerga académica es reminiscencia de la del mundo empresarial, con una lógica de consumo rápido y reacciones veloces a las fluctuaciones en el mercado y los cambios en la opinión pública. Una universidad capitalizada que parece imponer la tiranía tecnocrática vigente, en nombre del progreso.

No se trata de dinero. Se trata de la libertad. Soy consciente de que la libertad académica supone un impedimento para conseguir el control de profesores y gestores y de que muchos perciben que cabe doblegarse, o sufrir las consecuencias de una tensión permanente. A veces, es como vivir bajo la mirada censora en un semillero humano diseñado para cultivar y propagar la ambigüedad y la inseguridad. Así que hoy uno encuentra a menudo profesores obsesionados con su citación, administrativos obsesionados con los formularios, cargos académicos obsesionados con la cumplimentación informática de propuestas didácticas, y estudiantes obsesionados con el impacto de sus selfies en redes sociales.

*Nada en el mundo es más peligroso que la ignorancia sincera y la estupidez concienzuda* nos dice **Martin Luther King**. Algún totalitarismo, global o de taifas,

debe haber hecho muy bien su trabajo. Porque para muchos es, o el entusiasmo normativo y la medición continua, o el aislamiento. Como en el Príncipe de Maquiavelo, el exilio como método perfecto para la pacificación del enemigo.

Moraleja: puede que incluso algunos de nuestros representantes ignoren que la libertad académica será la única forma de sujetar la política para que el Estado no se desmorone. La confianza en los políticos, en los bancos, en el sistema judicial y en las empresas está disminuyendo de forma exponencial y no parece una tendencia perentoria. Además, las redes sociales difunden cada vez con más celeridad las noticias y parece que la transparencia será la norma. Una transparencia que dejará poca sombra para la deshonestidad.

Me pregunto también cuál será el destino moral de nuestros estudiantes si en el curso de su travesía universitaria, solo encuentran profesores arrodillados al dios de la mercadotecnia. Si en la universidad no aprenden a respetar la libertad de pensamiento y la integridad intelectual, ¿dónde lo aprenderán?

Parece pues una ironía que, después de todo, se nos pida la luna. En un planeta en el que nuestra huella ecológica camina estrechando nuestro futuro, se nos re-

clama que preparemos a nuestros jóvenes para una vida irreparable, azarosa, precipitada y agitada. Una vida que comercialmente se promueve como la vida *del aquí y del ahora*.

Necesitamos estudiantes que entiendan que, además de un entablado con avatares, telepresencias, hologramas, vídeos presenciales y asesores cognitivos, su éxito dependerá de un cambio esforzado hacia la maestría y hacia el logro de cierta versatilidad adaptativa, con muchísima fuerza de voluntad para vencer las tentaciones de la fragmentación del tiempo.

Las universidades deben erigirse en lugares de inmigración del talento, puntos para el estímulo de los más capacitados y también para la profesionalización técnica, sin que ambos objetivos sean incompatibles. Necesitamos, claro, políticos inteligentes, responsables. Y políticas viables, no mecanismos de control de individuos camuflados de acciones políticas.

Los universitarios necesitamos estar unidos. En realidad, todos estamos incompletos sin los demás y uno tiene la extraña sensación de que la velocidad cada vez nos aleja más de las cosas que realmente importan. *El liderazgo de la universidad debería consistir tal vez en procurar la inspiración de los demás. Tan sencillo, tan*

*difícil, tan importante.*

Porque nuestro metaproblema no es universitario y, como es muchísimo más profundo y extenso, yo rogaría un cambio sustancial en todo el dominio colectivo. Claro que necesitamos unas universidades más autónomas de las autonomías, pero sobre todo necesitamos una versión mejorada de nuestro país, en la que la universidad se dedique a gestar el futuro. Lo haremos si logramos que las élites futuras no estén determinadas por el poder adquisitivo, sin darle sentido al mérito o al intelecto. Una universidad, también, que como he señalado, no permita que tenga lugar el suicidio del Estado que deviene del burocratismo fanático, con órganos decisorios que no confundan la investigación científica con la tecnología mercantil y con profesores capaces de reducir los efectos secundarios de la narcosis inducida por el sistema.

Una universidad para el cultivo y la proliferación de islas virtuosas, personas con buenas prácticas personales, profesionales, académicas y morales, para las cuales sea preferible estar en desacuerdo con el mundo que con la propia conciencia. Que persigan ese alivio socrático de negarse a participar en las mentiras, aunque sean globales, o convenientes. Universidad, en fin, para recuperar el valor de atreverse a pensar en la paz de cada

uno, de no sentirse depositarios de ninguna verdad absoluta.

No hablo de justicialismo social. Hablo, al contrario, de perdón y sobre todo de responsabilidad individual como arquetipo contagioso. De saber que hasta el más pequeño tiene la facultad de los grandes cambios. Esto es lo que puede corregir los defectos intrínsecos a cualquier democracia: una moral de vínculo, en cierto modo una educación para el heroísmo.

Sé que muchos me tildarán de idealista, pero no puede ser de otro modo para un hombre cuyo corazón vive abrazado a los anhelos de sus estudiantes. Y aquí me inspira **René Char**: *las cosechas más puras se siembran en un suelo que no existe. Eliminan la gratitud y solamente están en deuda con la primavera.*

Muchas gracias por su atención